

Historia y revelación en los libros históricos del Antiguo Testamento.

Andrés San Martín Arrizaga.

Temuco, Chile, 15 de marzo, en el año de nuestro Señor de 2026.

Introducción

Dentro del conjunto literario que compone el Antiguo Testamento, los llamados libros históricos ocupan un lugar central tanto en la estructura narrativa de la Biblia como en la comprensión teológica de la historia de la salvación. Estos textos describen el desarrollo histórico del pueblo de Israel desde su establecimiento en la tierra de Canaán hasta el período posterior al exilio babilónico. Tradicionalmente se incluyen dentro de esta sección los libros de **Josué, Jueces, Rut, 1–2 Samuel, 1–2 Reyes, 1–2 Crónicas, Esdras, Nehemías y Ester, los cuales abarcan aproximadamente desde el siglo XIII a. C. hasta el siglo V a. C.** En conjunto, estos escritos ofrecen una visión amplia del surgimiento, consolidación, crisis y restauración del pueblo de Israel, articulando una narrativa continua que conecta las promesas hechas a los patriarcas con la experiencia histórica concreta de la nación.

Estos libros no deben entenderse únicamente como crónicas políticas o militares del antiguo Israel. En la tradición bíblica, la historia es el ámbito en el cual Dios revela su voluntad y actúa para cumplir sus promesas. La narrativa histórica del Antiguo Testamento presenta los acontecimientos humanos como parte de un proceso guiado por la providencia divina. La historia de Israel se interpreta constantemente a la luz del pacto establecido entre Dios y su pueblo. Los acontecimientos narrados —desde la conquista de Canaán hasta la caída de Jerusalén y el retorno del exilio— no se presentan como meros episodios políticos, sino como momentos significativos dentro de la relación entre Dios y la comunidad del pacto.

Esta dimensión teológica otorga a los libros históricos una función que trasciende la mera conservación de memoria nacional. Su propósito es también pedagógico y confesional. A través de la narración del pasado, el pueblo aprende a interpretar su presente y a comprender su identidad delante de Dios. De este modo, la historia se convierte en un instrumento de enseñanza religiosa y en un medio mediante el cual la comunidad reflexiona sobre su fidelidad o infidelidad al pacto. El pasado no es recordado simplemente por interés historiográfico, sino como una fuente de instrucción espiritual.

La singularidad de esta historiografía se hace evidente cuando se la compara con las tradiciones historiográficas del antiguo Cercano Oriente. En muchas culturas antiguas, la historia era narrada principalmente como propaganda real destinada a glorificar a los monarcas o a legitimar el poder

político. Las inscripciones reales de Egipto, Asiria o Babilonia, por ejemplo, suelen presentar a los reyes como figuras casi invencibles cuya autoridad se legitima mediante relatos cuidadosamente elaborados de victorias militares y prosperidad nacional. En contraste, los textos bíblicos muestran una notable franqueza al describir las virtudes y los errores de los líderes de Israel. Reyes como David o Salomón aparecen descritos tanto en su grandeza como en sus fracasos morales, lo cual refleja una concepción de la historia que no busca idealizar a los gobernantes, sino interpretar los acontecimientos a la luz de la fidelidad al pacto y de la soberanía de Dios sobre la historia.

Este rasgo constituye uno de los elementos más distintivos de la narrativa bíblica. **La historia de Israel no se presenta como la historia de héroes perfectos, sino como la historia de un pueblo que constantemente oscila entre la fidelidad y la infidelidad.** En este sentido, la historiografía bíblica posee un carácter profundamente realista y moralmente introspectivo. Los relatos muestran cómo incluso los líderes más importantes del pueblo pueden caer en el pecado y enfrentar las consecuencias de sus acciones. Esta honestidad narrativa refuerza la impresión de que el propósito de los autores bíblicos no era glorificar a una dinastía o justificar un sistema político, sino reflexionar teológicamente sobre la relación entre Dios y su pueblo en el curso de la historia.

Durante los últimos dos siglos, sin embargo, la interpretación académica de estos textos ha sido profundamente influida por el desarrollo del método histórico-crítico¹. Este enfoque surgió dentro del clima intelectual de la Ilustración europea y buscó aplicar al estudio de la Biblia herramientas filológicas, literarias e históricas similares a las utilizadas en el análisis de otros documentos antiguos. A partir de este método se formularon diversas teorías acerca de la composición tardía de los textos bíblicos, proponiendo que gran parte de la narrativa histórica habría sido redactada siglos después de los acontecimientos que describe. En algunos casos se ha sugerido que estos relatos serían el resultado de procesos editoriales complejos desarrollados durante el exilio babilónico o incluso en períodos posteriores.

Estas teorías han generado un intenso debate dentro de la investigación bíblica contemporánea. Mientras algunos estudiosos consideran que el método histórico-crítico ha permitido comprender mejor el proceso de formación de los textos bíblicos y su contexto literario, otros señalan que muchas de sus conclusiones dependen de presupuestos filosóficos que condicionan profundamente la interpretación del material bíblico. En particular, la tendencia a excluir de antemano la posibilidad de intervención divina en la historia conduce inevitablemente a reinterpretar los relatos bíblicos como

¹ El método histórico-crítico es un enfoque de investigación bíblica surgido en la modernidad que analiza los textos de la Escritura como documentos históricos, intentando reconstruir su proceso de composición mediante herramientas filológicas y literarias, a menudo interpretándolos dentro de marcos explicativos propios de la historiografía moderna.

construcciones literarias o desarrollos teológicos posteriores, debilitando así su carácter testimonial.

Por esta razón, el estudio de los libros históricos del Antiguo Testamento exige una evaluación cuidadosa tanto de la evidencia textual como de los presupuestos metodológicos que influyen en su interpretación. La cuestión no es simplemente literaria o histórica, sino profundamente teológica: se trata de determinar hasta qué punto los textos bíblicos deben ser entendidos como testimonios históricos confiables dentro de la revelación divina. En otras palabras, el debate no se limita a la reconstrucción del pasado de Israel, sino que toca el problema más amplio de la relación entre historia, fe y revelación dentro de la tradición bíblica.

La historiografía² del Antiguo Testamento.

La comprensión de los libros históricos del Antiguo Testamento exige considerar primero la naturaleza particular de la historiografía bíblica. A diferencia de la historiografía moderna, que busca reconstruir los acontecimientos del pasado mediante un análisis crítico de las fuentes y una aspiración a la neutralidad metodológica, la historiografía bíblica surge dentro de una comunidad de fe y responde a una finalidad teológica explícita. Los autores bíblicos no se presentan como historiadores en el sentido moderno del término, sino como intérpretes de la historia a la luz de la revelación de Dios. La historia narrada en estos textos no es simplemente el registro de hechos pasados, sino la interpretación de esos hechos como manifestaciones del actuar divino en medio de la vida de su pueblo.

Esta perspectiva teológica se manifiesta en la estructura misma de los relatos. Los acontecimientos políticos, militares y sociales que aparecen en la narrativa no se presentan como fenómenos autónomos, sino como parte de la relación entre Dios y el pueblo de Israel. El éxito o el fracaso del pueblo no se explica únicamente por factores estratégicos o económicos, sino por su fidelidad o infidelidad al pacto. La historia se convierte así en el escenario donde se revela la justicia, la misericordia y la fidelidad de Dios.

Uno de los ejemplos más claros de esta interpretación teológica de la historia se encuentra en el libro de Jueces. La narrativa de este libro está organizada en torno a un ciclo recurrente que ilustra la relación entre el comportamiento religioso del pueblo y las circunstancias históricas que enfrenta. **El esquema se repite varias veces: el pueblo abandona al Señor y cae en idolatría; como consecuencia, experimenta opresión por parte de pueblos vecinos; ante la angustia, clama a Dios; y finalmente Dios levanta un juez que libera al pueblo.** Este patrón narrativo no pretende simplemente describir una serie de conflictos militares,

² La historiografía es la disciplina que estudia la manera en que se escriben e interpretan los acontecimientos históricos, incluyendo los métodos, fuentes y perspectivas mediante los cuales se reconstruye el pasado.

sino ofrecer una interpretación teológica de la historia de Israel durante ese período.

El mismo principio interpretativo aparece también en los libros de Samuel y Reyes. Los autores evalúan el reinado de cada monarca no principalmente por su capacidad política o militar, sino por su fidelidad al culto verdadero. Los reyes son juzgados según su relación con la ley de Dios y su actitud frente a la idolatría. Incluso los acontecimientos internacionales —como las guerras, las alianzas políticas o la caída de los reinos— se interpretan como expresiones del juicio o de la misericordia divina.

Esta forma de narrar la historia ha sido descrita por diversos estudiosos como una historiografía teológica. En ella, los acontecimientos históricos se interpretan desde la convicción de que Dios dirige la historia y actúa en ella con un propósito moral y redentor. El relato histórico no es neutral, sino confesional: surge dentro de la fe del pueblo de Israel y busca fortalecer esa misma fe en las generaciones posteriores.

Otro **rasgo distintivo de la historiografía bíblica es su notable honestidad narrativa**. A diferencia de muchas crónicas antiguas destinadas a exaltar la gloria de los reyes, los textos bíblicos no ocultan los errores ni las fallas morales de sus protagonistas. La historia de David, por ejemplo, incluye tanto sus logros políticos como su pecado con Betsabé y las consecuencias de ese acto. De manera similar, Salomón es presentado no solo como un rey sabio y poderoso, sino también como un monarca cuya infidelidad religiosa conduce a la decadencia espiritual del reino.

Esta franqueza literaria constituye un elemento significativo en la evaluación de la credibilidad histórica de los textos. En la literatura propagandística de la antigüedad era habitual exagerar las victorias y ocultar las derrotas de los gobernantes. El hecho de que los autores bíblicos incluyan relatos que muestran las debilidades de sus propios líderes sugiere que su propósito no era construir una imagen idealizada de la nación, sino reflexionar honestamente sobre su historia a la luz de la relación con Dios.

Diversos estudiosos han señalado que gran parte de la tradición histórica de Israel se desarrolló inicialmente en el contexto del culto. Las confesiones de fe pronunciadas en la vida litúrgica del pueblo recordaban los actos salvadores de Dios en la historia, especialmente el éxodo de Egipto, la conducción por el desierto y la entrada en la tierra prometida. Estas confesiones, transmitidas de generación en generación, fueron ampliándose progresivamente hasta dar origen a narraciones históricas más extensas que finalmente quedaron incorporadas en los textos bíblicos.

Este proceso explica por qué la historia de Israel aparece siempre vinculada a la memoria religiosa del pueblo. **Recordar el pasado no era un ejercicio puramente historiográfico, sino un acto de fe**. La memoria histórica servía para reafirmar la identidad del pueblo y para recordar las obras de Dios en su favor. De este modo, la historiografía bíblica se convierte en una

forma de proclamación: narrar la historia de Israel equivale a testificar acerca de la fidelidad de Dios.

Desde esta perspectiva, los libros históricos del Antiguo Testamento deben entenderse como una combinación de memoria histórica, interpretación teológica y reflexión comunitaria. No se trata simplemente de documentos que preservan información acerca del pasado, sino de textos que buscan enseñar al pueblo cómo comprender su historia dentro del marco del pacto con Dios.

Esta concepción de la historia resulta fundamental para evaluar la credibilidad de los textos. Si los autores bíblicos escribieron desde la convicción de que Dios actúa en la historia, entonces los acontecimientos narrados adquieren un significado que trasciende su dimensión puramente política. La historia de Israel se convierte en el escenario de la revelación divina y en el contexto dentro del cual se desarrolla el propósito redentor de Dios para su pueblo.

Autoría y formación literaria de los libros históricos.

La cuestión de la autoría de los libros históricos del Antiguo Testamento ha sido objeto de considerable discusión tanto dentro de la tradición religiosa como en el ámbito de la investigación académica moderna. En la tradición judía antigua, reflejada en diversas fuentes rabínicas y en el Talmud, estos textos fueron atribuidos a figuras cercanas a los acontecimientos narrados. Según esta tradición, el libro de Josué habría sido escrito por el propio Josué o por escribas vinculados a su generación; el libro de Jueces y parte de Samuel habrían sido redactados por el profeta Samuel junto con otros profetas como Natán y Gad; mientras que los libros de Reyes habrían sido compilados por el profeta Jeremías. En cuanto a los libros de Crónicas, Esdras y Nehemías, la tradición los relaciona frecuentemente con el escriba Esdras, quien habría desempeñado un papel importante en la preservación y organización de la memoria histórica de Israel después del exilio babilónico.

Estas atribuciones tradicionales no pueden verificarse con absoluta certeza mediante los criterios historiográficos modernos. Sin embargo, poseen un valor significativo, ya que reflejan la convicción antigua de que los textos surgieron dentro de contextos relativamente cercanos a los acontecimientos narrados. Esta proximidad temporal constituye un elemento relevante al considerar la credibilidad histórica de los relatos. En otras palabras, la tradición antigua no entendía estos libros como reconstrucciones tardías completamente desvinculadas del pasado que describen, sino como testimonios que preservan tradiciones históricas transmitidas dentro de la comunidad del pueblo de Israel.

Los propios libros históricos ofrecen indicios acerca del proceso mediante el cual fueron compuestos. En diversas ocasiones se mencionan fuentes documentales previas que habrían sido utilizadas por los autores. En los libros de Reyes aparecen repetidas referencias a obras como "el libro de las crónicas

de los reyes de Israel” y “el libro de las crónicas de los reyes de Judá”. Estas menciones sugieren la existencia de registros administrativos o crónicas oficiales que documentaban los acontecimientos políticos de los distintos reinados. Es probable que los autores bíblicos hayan consultado este tipo de documentos al elaborar sus narraciones.

Además de estas fuentes documentales, los textos históricos parecen haber incorporado también tradiciones orales transmitidas dentro de la vida religiosa del pueblo. Los relatos sobre figuras como Samuel, David o Elías muestran características propias de tradiciones narrativas que probablemente circularon durante generaciones antes de ser fijadas por escrito. La preservación de estas tradiciones formaba parte de la memoria colectiva de Israel y contribuía a la formación de su identidad religiosa.

El proceso de composición de los libros históricos debe entenderse, por tanto, como una combinación de diversas formas de transmisión: registros oficiales, tradiciones orales, narraciones proféticas y reflexión teológica posterior. Este fenómeno no resulta extraño dentro de la literatura antigua. En muchas culturas del antiguo Cercano Oriente, la historia era preservada mediante una interacción dinámica entre memoria oral y registro escrito.

Desde una perspectiva teológica conservadora, este proceso no contradice la doctrina de la inspiración bíblica. La inspiración no implica necesariamente un dictado mecánico del texto, sino la acción providencial de Dios guiando a los autores humanos en el proceso mediante el cual registraron y transmitieron los acontecimientos que forman parte de la historia de la salvación. Los escritores bíblicos utilizaron los medios literarios y documentales disponibles en su contexto histórico, pero lo hicieron bajo la convicción de que estaban preservando la memoria de las obras de Dios en la historia de su pueblo.

Otro aspecto importante en el estudio de la formación literaria de los libros históricos es su relación con el canon de las Escrituras. En la tradición judía, estos textos forman parte de la sección conocida como los Profetas Anteriores dentro del Tanaj. Esta clasificación resulta significativa, ya que muestra que estos libros no fueron entendidos simplemente como documentos históricos, sino como escritos con autoridad profética. La historia narrada en ellos era considerada una forma de proclamación de la palabra de Dios.

La inclusión de estos libros dentro del canon bíblico refleja también el reconocimiento comunitario de su autoridad religiosa. El proceso de canonización no consistió únicamente en una decisión institucional posterior, sino en el reconocimiento gradual de que estos textos transmitían fielmente la tradición revelada y eran normativos para la vida del pueblo de Dios. De este modo, la autoridad de los libros históricos no se fundamenta únicamente en su antigüedad o en su valor literario, sino en su función dentro de la vida religiosa de la comunidad del pacto.

En el contexto de la crítica moderna, algunos estudiosos han propuesto que los libros históricos serían el resultado de procesos editoriales complejos

desarrollados durante largos períodos de tiempo. Según estas teorías, los textos habrían sido compilados y revisados por múltiples redactores que reinterpretaron las tradiciones antiguas desde nuevas perspectivas teológicas. Aunque es posible que ciertos procesos editoriales hayan ocurrido, muchas de estas reconstrucciones dependen en gran medida de inferencias literarias que no siempre pueden demostrarse con certeza.

Por esta razón, varios investigadores han señalado que la evidencia textual disponible no obliga necesariamente a adoptar modelos extremadamente tardíos de composición. La presencia de detalles geográficos, administrativos y culturales específicos sugiere que al menos parte del material narrativo se remonta a tradiciones históricas relativamente antiguas. Por lo tanto, la formación literaria de los libros históricos debe entenderse como un proceso complejo en el cual la memoria histórica, la reflexión teológica y la transmisión comunitaria se entrelazan de manera inseparable.

Desde esta perspectiva, los libros históricos del Antiguo Testamento no deben interpretarse simplemente como reconstrucciones literarias posteriores, sino como testimonios que preservan la memoria histórica del pueblo de Israel dentro del marco de la revelación divina. Su valor reside precisamente en esa combinación de historia y teología que caracteriza la tradición bíblica y que permite comprender el pasado de Israel como parte del desarrollo del plan redentor de Dios.

Josué y Jueces: conquista y confederación tribal.

Los libros de Josué y Jueces constituyen la primera gran sección de la narrativa histórica del Antiguo Testamento después del Pentateuco. En ellos se describe el período que sigue inmediatamente a la muerte de Moisés y que corresponde al establecimiento del pueblo de Israel en la tierra de Canaán. Este período representa una etapa decisiva en la historia de Israel, ya que marca la transición entre la vida nómada del desierto y la formación de una sociedad establecida en un territorio definido.

El libro de Josué se abre con la comisión divina dada a Josué para conducir al pueblo a través del Jordán y tomar posesión de la tierra prometida. La narrativa presenta este proceso como el cumplimiento de las promesas hechas por Dios a los patriarcas, especialmente a Abraham, Isaac y Jacob. Desde el comienzo del libro se enfatiza que la conquista no debe entenderse simplemente como una empresa militar, sino como un acto de fidelidad divina hacia el pacto establecido con los antepasados de Israel.

La entrada en la tierra prometida está marcada por episodios que poseen una fuerte carga teológica. El cruce del río Jordán, por ejemplo, recuerda deliberadamente el paso del Mar Rojo durante el éxodo. Esta paralela narrativa subraya la continuidad entre la liberación de Egipto y la posesión de Canaán. En ambos casos, el pueblo experimenta la intervención directa de Dios en su favor.

Las campañas militares descritas en el libro de Josué presentan una estructura narrativa particular. Los relatos de Jericó, Hai y las campañas del sur y del norte destacan la obediencia del pueblo a las instrucciones divinas como el factor decisivo para el éxito militar. La caída de Jericó, por ejemplo, no se describe como resultado de una estrategia militar convencional, sino como consecuencia de la obediencia ritual a las instrucciones dadas por Dios. De este modo, la narrativa enfatiza que la conquista de la tierra no depende exclusivamente de la fuerza militar de Israel, sino de la acción providencial de Dios.

Después de las campañas militares principales, el libro dedica una extensa sección a la distribución territorial de la tierra entre las tribus de Israel. Aunque para el lector moderno esta sección puede parecer meramente administrativa, en realidad cumple una función teológica importante. La distribución del territorio representa la materialización concreta de la promesa divina. Cada tribu recibe su herencia dentro de la tierra prometida, lo cual simboliza la fidelidad de Dios al pacto.

A pesar de esta narrativa de conquista, el propio libro de Josué reconoce que el proceso de ocupación de la tierra no fue inmediato ni completo. Diversos pasajes indican que ciertas regiones permanecieron bajo control de pueblos cananeos durante un tiempo considerable. Este reconocimiento introduce una dimensión realista en el relato y prepara el escenario para el período descrito en el libro de Jueces.

El libro de Jueces presenta una etapa histórica caracterizada por la ausencia de una autoridad política central. Las tribus de Israel viven en una especie de confederación tribal relativamente flexible, unidas por la fe común en el Dios del pacto, pero sin una estructura estatal consolidada. En este contexto, el pueblo enfrenta repetidos conflictos con pueblos vecinos como los filisteos, los moabitas, los madianitas y los amonitas.

La narrativa de Jueces está organizada en torno a una serie de líderes carismáticos conocidos como jueces. Estos personajes no deben entenderse principalmente como magistrados en el sentido moderno del término, sino como líderes militares y espirituales que surgen en momentos de crisis para liberar al pueblo de la opresión extranjera. Figuras como Débora, Gedeón, Jefté y Sansón desempeñan este papel dentro de la narrativa.

La estructura literaria del libro está marcada por un ciclo recurrente que aparece repetidamente a lo largo del texto. Primero, el pueblo se aparta del Señor y cae en la idolatría; luego experimenta opresión por parte de pueblos vecinos; en medio de su sufrimiento clama a Dios; y finalmente Dios levanta un juez que libera al pueblo. Este ciclo se repite varias veces y sirve como marco interpretativo para comprender la historia de Israel durante este período. El propósito de esta estructura no es simplemente narrar una serie de conflictos militares, sino ofrecer una interpretación teológica de la historia. La opresión extranjera se presenta como resultado ineludible de la infidelidad del pueblo, mientras que la liberación es entendida como un acto de

misericordia divina. De este modo, la narrativa refuerza la idea central de que la historia de Israel está inseparablemente vinculada a su relación con Dios.

El libro concluye con una reflexión que resume el carácter problemático de este período histórico: “En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía.” Esta frase aparece varias veces en los capítulos finales y sirve como comentario interpretativo sobre la situación moral y política del pueblo. La ausencia de una autoridad central conduce a un estado de inestabilidad social y religiosa.

Desde el punto de vista literario, esta conclusión prepara el terreno para el surgimiento de la monarquía que será descrito en los libros de Samuel. La narrativa sugiere que la confederación tribal, aunque permitió cierta autonomía entre las tribus, resultó insuficiente para garantizar la estabilidad política del pueblo en medio de las presiones externas.

En el ámbito de la investigación moderna, los relatos de Josué y Jueces han sido objeto de intensos debates, especialmente en relación con la historicidad de la conquista de Canaán. Algunos estudiosos vinculados al método histórico-crítico han propuesto que los relatos de conquista serían construcciones literarias posteriores destinadas a explicar la presencia de Israel en la región. Según estas teorías, el establecimiento de Israel en Canaán habría sido un proceso gradual de infiltración pacífica o de revolución social interna más que una conquista militar organizada.

Sin embargo, estas hipótesis continúan siendo objeto de discusión. La evidencia arqueológica disponible es compleja y no permite una reconstrucción completamente uniforme de los acontecimientos. Algunos hallazgos sugieren la destrucción de ciertos asentamientos en el período correspondiente, mientras que otros indican procesos más graduales de cambio cultural. Así, muchos investigadores consideran que la narrativa bíblica podría reflejar una combinación de tradiciones históricas que describen diferentes aspectos del proceso de asentamiento de Israel.

Desde una perspectiva teológica conservadora, la narrativa de Josué y Jueces debe entenderse como un testimonio histórico interpretado dentro del marco de la revelación divina. Los relatos no buscan ofrecer una descripción exhaustiva de cada evento militar o político, sino presentar los acontecimientos fundamentales mediante los cuales el pueblo de Israel llegó a establecerse en la tierra prometida.

En este sentido, estos libros constituyen el primer gran capítulo de la historia nacional de Israel dentro de la tierra que Dios había prometido a sus antepasados. Al mismo tiempo, establecen los temas teológicos que continuarán desarrollándose en los libros posteriores: la fidelidad de Dios al pacto, la tendencia del pueblo a la infidelidad y la necesidad constante de renovación espiritual dentro de la comunidad del pacto.

Samuel y Reyes: el surgimiento y la caída de la monarquía.

Los libros de Samuel y Reyes constituyen la siguiente gran etapa en la narrativa histórica del Antiguo Testamento y describen el surgimiento, desarrollo y colapso de la monarquía israelita. Este período abarca aproximadamente desde finales del siglo XI a. C. hasta la destrucción de Jerusalén por el imperio babilónico en el año 586 a. C. A lo largo de estos libros se narra la transición desde la estructura tribal descrita en Jueces hacia una organización política centralizada bajo la autoridad de un rey, así como las consecuencias religiosas y políticas que acompañaron este proceso.

El primer libro de Samuel introduce el contexto que conduce al establecimiento de la monarquía. La figura del profeta Samuel ocupa un lugar central en esta transición histórica. Samuel aparece como el último gran juez de Israel y al mismo tiempo como el profeta que inaugura una nueva etapa en la vida política del pueblo. Bajo su liderazgo se mantiene la tradición de la autoridad profética que interpreta la voluntad de Dios y orienta el destino de la nación.

La petición del pueblo de establecer un rey constituye uno de los momentos más significativos del relato. Según el texto, los ancianos de Israel acuden a Samuel solicitando la institución de una monarquía “como tienen todas las naciones”. Esta solicitud revela una tensión profunda entre el deseo del pueblo de adoptar estructuras políticas semejantes a las de sus vecinos y la concepción teológica tradicional que reconocía a Dios como el verdadero rey de Israel. El relato muestra que la monarquía no surge simplemente como una evolución política natural, sino como una institución ambigua que refleja tanto las necesidades históricas del pueblo como su tendencia a confiar en estructuras humanas de poder.

Samuel advierte al pueblo acerca de los peligros que implica la instauración de un rey. El discurso profético describe cómo el poder monárquico podría conducir a la explotación económica, al servicio militar obligatorio y a la concentración de poder político. Sin embargo, a pesar de estas advertencias, el pueblo insiste en su petición. Finalmente, Dios permite la instauración de la monarquía y Samuel unge a Saúl como el primer rey de Israel.

El reinado de Saúl se caracteriza por una tensión constante entre la autoridad real y la autoridad profética. Aunque Saúl inicia su reinado con cierto éxito militar, su desobediencia a las instrucciones divinas conduce finalmente a su rechazo como rey. Este episodio establece uno de los principios fundamentales de la teología histórica del Antiguo Testamento: la autoridad política está subordinada a la autoridad de la palabra de Dios.

La narrativa introduce entonces la figura de David, quien se convertirá en el rey más importante de la historia de Israel. David aparece inicialmente como un joven pastor elegido por Dios para reemplazar a Saúl. Su ascenso al poder no se produce de manera inmediata, sino a través de un proceso

complejo marcado por conflictos políticos, persecuciones y alianzas estratégicas. Esta descripción detallada de su ascenso refuerza la impresión de que el texto preserva tradiciones históricas relativamente cercanas a los acontecimientos narrados.

El reinado de David representa el momento de mayor consolidación política del reino. Bajo su liderazgo Israel logra una significativa expansión territorial y una mayor estabilidad interna. La conquista de Jerusalén y su establecimiento como capital del reino constituye uno de los acontecimientos más importantes de esta etapa. Jerusalén se convierte no solo en el centro político del reino, sino también en el centro religioso del pueblo, especialmente después de que David traslada allí el arca del pacto.

Uno de los pasajes teológicamente más significativos de esta sección aparece en 2 Samuel 7, donde se narra el establecimiento del pacto davídico. En este episodio, Dios promete a David que su dinastía será establecida para siempre y que uno de sus descendientes ocupará el trono perpetuamente. Esta promesa adquiere una importancia fundamental en la teología bíblica, ya que se convierte en la base de la esperanza mesiánica que se desarrollará posteriormente en la tradición profética.

Sin embargo, la narrativa bíblica no presenta el reinado de David como una era idealizada libre de conflictos. El relato incluye también episodios que muestran las debilidades morales del rey, especialmente el conocido episodio de su pecado con Betsabé. Este acontecimiento tiene profundas consecuencias tanto en la vida personal de David como en la estabilidad política del reino. La inclusión de este episodio demuestra nuevamente la franqueza característica de la historiografía bíblica, que no oculta las fallas de sus protagonistas.

Los libros de Reyes continúan la narrativa describiendo el reinado de Salomón y el desarrollo posterior de la monarquía. El reinado de Salomón representa inicialmente un período de prosperidad económica y desarrollo cultural. La construcción del templo de Jerusalén constituye uno de los logros más significativos de su reinado y simboliza la consolidación de la identidad religiosa del pueblo.

Sin embargo, el relato muestra que incluso durante este período de prosperidad comienzan a surgir problemas que afectarán el futuro del reino. Las políticas económicas de Salomón, junto con su tolerancia hacia prácticas religiosas extranjeras, preparan el terreno para la crisis que se producirá después de su muerte.

Tras la muerte de Salomón, el reino se divide en dos entidades políticas: el reino del norte, conocido como Israel, y el reino del sur, conocido como Judá. Esta división marca el comienzo de un período prolongado de inestabilidad política y conflicto entre ambos reinos. Los autores bíblicos interpretan esta división como consecuencia tanto de factores políticos como de la infidelidad religiosa de los gobernantes. A lo largo de los libros de Reyes se presenta una evaluación sistemática de los distintos monarcas. **Cada rey es juzgado principalmente en función de su relación con el culto verdadero.**

Aquellos que promueven la idolatría o toleran prácticas religiosas paganas reciben una evaluación negativa, mientras que los reyes que buscan restaurar la fidelidad al Señor son presentados de manera más favorable.

Este criterio de evaluación refleja nuevamente el carácter teológico de la historiografía bíblica. Los acontecimientos políticos no se interpretan simplemente como resultado de estrategias humanas, sino como manifestaciones de la relación entre el pueblo y Dios. **La caída del reino del norte ante el imperio asirio en el año 722 a. C. y la destrucción de Jerusalén por Babilonia en el año 586 a. C. son interpretadas como consecuencias de la persistente infidelidad del pueblo al pacto.**

En el contexto del debate moderno, los libros de Samuel y Reyes han desempeñado un papel central en la formulación de la llamada hipótesis de la Historia Deuteronomista, propuesta por Martin Noth³ en el siglo XX. Según esta teoría, estos libros formarían parte de una obra histórica unificada redactada durante el exilio babilónico por un autor o redactor influido por la teología del Deuteronomio. Este redactor habría interpretado la historia de Israel como una explicación teológica de la catástrofe del exilio.

Aunque esta hipótesis ha ejercido una considerable influencia en la investigación bíblica, también ha sido objeto de críticas. Muchos estudiosos señalan que la teoría depende de reconstrucciones literarias hipotéticas que no siempre pueden demostrarse con certeza. Además, la presencia de detalles históricos específicos sugiere que al menos parte del material narrativo se basa en tradiciones relativamente antiguas.

Desde una perspectiva teológica conservadora, los libros de Samuel y Reyes deben entenderse como testimonios históricos interpretados dentro del marco de la revelación divina. Los autores no buscan simplemente registrar acontecimientos políticos, sino mostrar cómo la historia del reino está profundamente vinculada a la fidelidad o infidelidad del pueblo frente al pacto con Dios. En este sentido, estos libros constituyen una reflexión profunda sobre el poder, la responsabilidad moral y la soberanía divina sobre la historia humana. La narrativa muestra cómo incluso las instituciones políticas más poderosas permanecen subordinadas al propósito de Dios y cómo la historia de Israel se desarrolla dentro de un marco teológico que culmina finalmente en la esperanza de la restauración y del reino mesiánico prometido a la casa de David.

³ Martin Noth (1902–1968) fue un influyente estudioso alemán del Antiguo Testamento asociado al desarrollo de la investigación histórico-crítica. Sus trabajos se centraron en la historia de Israel y en el estudio de la formación literaria de los textos bíblicos. Véase: Martin Noth, *Historia de Israel* (Barcelona: Editorial Garriga, 1966).

Crónicas, Esdras y Nehemías: reinterpretación postexílica de la historia

Los libros de Crónicas, Esdras y Nehemías constituyen una unidad literaria que refleja el contexto histórico y religioso del período posterior al exilio babilónico. Mientras los libros de Samuel y Reyes concluyen con la destrucción de Jerusalén y el colapso de la monarquía davídica, estos textos presentan una nueva etapa en la historia de Israel: la restauración parcial del pueblo bajo el dominio del imperio persa. Desde el punto de vista historiográfico, estos libros representan una reinterpretación consciente del pasado nacional a la luz de la experiencia del exilio y de la esperanza de renovación religiosa.

El libro de 1-2 Crónicas retoma gran parte del material narrativo que ya aparece en Samuel y Reyes, pero lo reorganiza y lo presenta con un énfasis teológico particular. El autor, comúnmente denominado “el Cronista”, parece escribir desde la perspectiva de la comunidad postexílica, para la cual el templo, el sacerdocio y la observancia de la ley ocupaban un lugar central en la vida religiosa. A diferencia de los libros de Reyes, que narran paralelamente la historia de los reinos de Israel y Judá, Crónicas concentra su atención casi exclusivamente en el reino de Judá y en la dinastía davídica. El reino del norte apenas aparece en la narrativa, lo cual refleja el hecho de que la comunidad postexílica se identificaba principalmente con la tradición de Judá.

El libro comienza con una extensa serie de genealogías que se remontan hasta Adán. Estas listas genealógicas, que a primera vista pueden parecer meramente administrativas, cumplen una función teológica importante. Al conectar la historia de Israel con la historia universal de la humanidad, el Cronista subraya la continuidad del plan de Dios desde la creación hasta la restauración del pueblo después del exilio. Las genealogías también sirven para reafirmar la identidad de las distintas familias sacerdotales y levíticas que desempeñaban un papel fundamental en la vida religiosa del Segundo Templo.

Uno de los rasgos más característicos de la narrativa de Crónicas es su énfasis en la figura de David. El Cronista presenta el reinado de David como el modelo ideal de liderazgo religioso y político. Mientras que los relatos de Samuel incluyen episodios que muestran las debilidades morales de David, Crónicas omite deliberadamente algunos de esos episodios y concentra su atención en los aspectos positivos de su reinado. David aparece como el organizador del culto del templo, el fundador de las órdenes sacerdotales y el preparador del proyecto que culminará con la construcción del templo bajo el reinado de Salomón.

Este énfasis refleja las preocupaciones teológicas de la comunidad postexílica. Para el Cronista, la historia de Israel alcanza su punto culminante en la organización del culto y en la centralidad del templo como lugar de la presencia de Dios. El templo no es simplemente un edificio religioso, sino el símbolo visible de la relación entre Dios y su pueblo. En consecuencia, la

fidelidad al culto verdadero se convierte en el criterio principal para evaluar el comportamiento de los reyes de Judá.

El reinado de Salomón ocupa también un lugar importante en la narrativa de Crónicas, especialmente en relación con la construcción del templo. El relato destaca la magnificencia del edificio y la solemnidad de su dedicación, interpretando estos acontecimientos como la confirmación de la elección divina de Jerusalén como centro espiritual de Israel. El templo se convierte así en el punto focal de la identidad religiosa del pueblo.

Después de la muerte de Salomón, la narrativa de Crónicas continúa describiendo la historia de los reyes de Judá. Sin embargo, a diferencia de los libros de Reyes, el Cronista tiende a interpretar los acontecimientos históricos de manera más directa en términos de recompensa o castigo divino. Los reyes que buscan al Señor prosperan, mientras que aquellos que se apartan de él enfrentan derrotas y crisis políticas. Esta interpretación refleja una teología de la retribución inmediata que busca enseñar a la comunidad postexílica la importancia de la fidelidad religiosa.

Los libros de Esdras y Nehemías continúan esta narrativa describiendo el proceso de restauración del pueblo judío después del exilio babilónico. Estos textos ofrecen una visión detallada de los esfuerzos realizados para reconstruir tanto la vida política como la vida religiosa de la comunidad en Jerusalén.

El libro de Esdras comienza con el decreto del rey persa Ciro que permite a los judíos regresar a su tierra y reconstruir el templo de Jerusalén. Este decreto es interpretado como un acto providencial mediante el cual Dios cumple su promesa de restaurar a su pueblo después del período de exilio. Los primeros capítulos del libro describen el retorno de los exiliados y los esfuerzos iniciales por reconstruir el altar y reanudar el culto. La reconstrucción del templo enfrenta diversas dificultades, especialmente la oposición de pueblos vecinos que temían el resurgimiento de Jerusalén como centro político y religioso. Sin embargo, el relato enfatiza que la perseverancia del pueblo y el apoyo de los profetas Hageo y Zacarías permitieron finalmente completar la obra. La dedicación del templo restaurado simboliza el renacimiento espiritual de la comunidad.

La segunda parte del libro introduce la figura de Esdras, descrito como un escriba experto en la ley de Moisés. Su llegada a Jerusalén marca un momento crucial en la reorganización religiosa del pueblo. Esdras promueve una renovación espiritual basada en la observancia estricta de la ley y en la separación de prácticas que pudieran comprometer la identidad religiosa de Israel. Su liderazgo refleja la creciente importancia de la Torá como fundamento de la vida comunitaria en el período del Segundo Templo.

El libro de Nehemías describe una etapa posterior del proceso de restauración. Nehemías, funcionario del rey persa Artajerjes⁴, recibe

⁴ Artajerjes I (reinó ca. 465–424 a. C.) fue un rey del Imperio persa aqueménida mencionado en los libros de Esdras y Nehemías. Durante su reinado autorizó el regreso de Esdras a Jerusalén y posteriormente permitió a Nehemías reconstruir las murallas de la ciudad,

autorización para regresar a Jerusalén y dirigir la reconstrucción de las murallas de la ciudad. Este proyecto tenía una importancia estratégica evidente, ya que las murallas representaban la seguridad y la estabilidad de la comunidad.

La reconstrucción de las murallas se realiza en medio de una fuerte oposición externa y de tensiones internas dentro del propio pueblo. Sin embargo, el liderazgo de Nehemías logra movilizar a la comunidad para completar la obra en un tiempo relativamente breve. El relato destaca la determinación del gobernador y su compromiso con la justicia social, especialmente en relación con los abusos económicos que afectaban a los sectores más pobres de la población.

Uno de los episodios más significativos de esta sección aparece en Nehemías 8, donde Esdras lee públicamente el libro de la ley ante el pueblo reunido. Este acto simboliza la centralidad de la Escritura en la vida religiosa de la comunidad restaurada. La lectura pública de la ley y su explicación ante el pueblo representan un momento de renovación espiritual que marca profundamente la identidad del judaísmo posterior.

Desde el punto de vista histórico y teológico, los libros de Crónicas, Esdras y Nehemías reflejan el surgimiento de una nueva etapa en la historia de Israel. La monarquía ya no existe y el pueblo vive bajo el dominio de potencias extranjeras. Sin embargo, la identidad religiosa del pueblo se mantiene a través de la fidelidad al templo, al sacerdocio y a la ley.

Esta reinterpretación del pasado cumple una función fundamental para la comunidad postexílica. Al recordar la historia de Israel desde la perspectiva de la restauración, estos libros ofrecen esperanza y orientación espiritual para un pueblo que busca reconstruir su identidad después de una de las crisis más profundas de su historia.

Ester y la identidad judía en la diáspora.

El libro de Ester ocupa un lugar particular dentro del conjunto de los libros históricos del Antiguo Testamento. A diferencia de la mayoría de los textos de esta sección, su narrativa no se desarrolla en la tierra de Israel ni en Jerusalén, sino en el contexto del imperio persa. El relato se sitúa durante el reinado del rey Asuero —generalmente identificado con Jerjes I, quien gobernó Persia entre los años 486 y 465 a. C.— y describe la experiencia de la comunidad judía que permaneció en la diáspora después del exilio babilónico.

Este contexto histórico resulta significativo. Después de la caída de Babilonia en manos del imperio persa en el año 539 a. C., el rey Ciro permitió el regreso de numerosos exiliados judíos a Jerusalén. Sin embargo, no todos regresaron. Una parte considerable de la población judía permaneció dispersa

favoreciendo así la reorganización religiosa y política de la comunidad judía después del exilio (Esd. 7:1–28; Neh. 2:1–8).

en diferentes regiones del imperio persa, formando comunidades que debían preservar su identidad religiosa en medio de culturas extranjeras. El libro de Ester refleja precisamente esta realidad histórica.

La narrativa presenta una trama dramática centrada en el peligro de exterminio que enfrenta la población judía del imperio. El conflicto surge cuando Amán, un alto funcionario de la corte persa, planea destruir a todos los judíos del reino como represalia por la negativa de Mardoqueo a rendirle homenaje. El decreto de exterminio promulgado por Amán coloca a la comunidad judía en una situación de extrema vulnerabilidad.

En este contexto aparece la figura de Ester, una joven judía que ha llegado a convertirse en reina de Persia. Aunque inicialmente oculta su identidad étnica, Ester finalmente decide intervenir ante el rey para denunciar la conspiración de Amán y salvar a su pueblo. La valentía de Ester y la sabiduría estratégica de Mardoqueo conducen finalmente a la revocación del decreto y a la liberación de los judíos.

Uno de los aspectos más singulares del libro de Ester es la ausencia explícita del nombre de Dios. A diferencia de otros textos bíblicos, el relato no menciona directamente la intervención divina ni contiene referencias explícitas a prácticas religiosas como la oración o el culto en el templo. Esta característica ha generado numerosas discusiones entre los estudiosos acerca de la naturaleza teológica del libro.

Sin embargo, aunque el nombre de Dios no aparece explícitamente, la narrativa sugiere de manera implícita la acción providencial de Dios a través de una serie de acontecimientos aparentemente fortuitos. El hecho de que Ester sea elegida como reina, la coincidencia de que el rey recuerde el acto de lealtad de Mardoqueo, o el giro inesperado que conduce a la caída de Amán, pueden interpretarse como indicios de una providencia divina que opera detrás de los acontecimientos visibles.

Este énfasis en la providencia oculta refleja la experiencia particular de los judíos que vivían en la diáspora. A diferencia de la comunidad de Jerusalén, que podía experimentar la presencia de Dios en el templo y en la vida cultural, los judíos dispersos debían aprender a reconocer la acción de Dios en contextos donde la manifestación explícita de lo sagrado no siempre era evidente. El libro de Ester muestra que la fidelidad de Dios hacia su pueblo no depende exclusivamente de la presencia en la tierra prometida o del funcionamiento del templo.

Otro elemento significativo del libro es la institución de la fiesta de Purim⁵, que conmemora la liberación del pueblo judío del decreto de exterminio. Esta celebración, establecida al final del relato, se convierte en una

⁵ **Purim** es la festividad judía que conmemora la liberación del pueblo judío en el imperio persa según el relato del libro de Ester (Est. 9:20-32). Su nombre proviene del término persa *pur* ("suerte" o "lote"), en alusión al sorteo realizado por Amán para determinar el día del exterminio de los judíos. Véase: S. J. Schultz, *El Antiguo Testamento habla* (Grand Rapids: Editorial Portavoz, 2006), 253-255.

expresión de la memoria colectiva del pueblo. Al recordar los acontecimientos narrados en el libro de Ester, la comunidad reafirma su identidad y celebra la preservación de su existencia en medio de circunstancias históricas adversas.

Desde el punto de vista literario, el libro de Ester presenta una narrativa cuidadosamente estructurada, en la que la inversión de situaciones desempeña un papel central. Aquellos que inicialmente parecen tener el poder —como Amán— terminan siendo derrotados, mientras que los aparentemente débiles —como Ester y Mardoqueo— se convierten en instrumentos de salvación para su pueblo. Esta inversión dramática refuerza la idea de que la historia humana se encuentra finalmente bajo la soberanía de Dios.

En el contexto del canon bíblico, el libro de Ester cumple una función importante al mostrar cómo la identidad del pueblo de Dios puede mantenerse incluso en contextos de dispersión cultural y política. Mientras que otros libros históricos se centran en la relación entre el pueblo y la tierra prometida, Ester muestra que la fidelidad a la identidad religiosa puede preservarse también en medio de imperios extranjeros.

Desde una perspectiva teológica, el libro ilustra la continuidad de la providencia divina más allá de los límites geográficos de Israel. Incluso en la diáspora, donde las estructuras tradicionales de la vida religiosa podían verse debilitadas, Dios continúa protegiendo y preservando a su pueblo. La historia narrada en Ester se convierte así en un testimonio de la fidelidad divina que acompaña al pueblo de Dios incluso en circunstancias de dispersión y vulnerabilidad.

Esta dimensión adquiere un significado especial cuando se considera el contexto histórico más amplio del judaísmo del Segundo Templo. Las comunidades judías dispersas en diversas regiones del mundo antiguo desempeñaron un papel importante en la transmisión de la tradición bíblica y en la preservación de la identidad religiosa de Israel. El libro de Ester refleja precisamente esa experiencia histórica y contribuye a fortalecer la memoria colectiva de un pueblo que aprendió a sobrevivir y a mantener su fe en medio de imperios extranjeros. En consecuencia, el libro de Ester no solo constituye un relato histórico acerca de la liberación de una comunidad amenazada, sino también una reflexión profunda sobre la providencia divina, la identidad religiosa y la fidelidad del pueblo de Dios en contextos de diáspora.

El método histórico-crítico y su impacto en la interpretación de los libros históricos

El desarrollo del método histórico-crítico representa uno de los cambios más significativos en la interpretación moderna de la Biblia. Este enfoque surgió principalmente en Europa entre los siglos XVIII y XIX en el contexto intelectual de la Ilustración, un período caracterizado por una profunda confianza en la razón humana y por una actitud crítica hacia las autoridades tradicionales. Dentro de este clima intelectual, numerosos estudiosos

comenzaron a aplicar al estudio de la Biblia los mismos métodos analíticos utilizados en el examen de otros textos antiguos.

El método histórico-crítico se fundamenta en la convicción de que los textos bíblicos deben ser estudiados como documentos históricos que surgieron en contextos culturales específicos. Desde esta perspectiva, el objetivo principal del investigador consiste en reconstruir el proceso histórico mediante el cual los textos fueron compuestos, transmitidos y editados. Para lograr este objetivo se desarrollaron diversas herramientas metodológicas, entre las cuales se incluyen la crítica textual, la crítica literaria, la crítica de las formas y la crítica de la redacción.

Estas herramientas han permitido examinar con mayor detalle el lenguaje, el estilo y la estructura literaria de los textos bíblicos. En muchos casos, este tipo de análisis ha contribuido a una mejor comprensión del contexto histórico y cultural en el que surgieron los escritos bíblicos. Sin embargo, el uso de estas herramientas también ha dado lugar a interpretaciones que cuestionan la historicidad de muchos de los relatos contenidos en los libros históricos del Antiguo Testamento.

Una de las características más controvertidas del método histórico-crítico es la tendencia a abordar los textos bíblicos desde un marco metodológico que excluye de antemano la posibilidad de intervención sobrenatural en la historia. Este enfoque se basa en el supuesto de que los acontecimientos históricos deben explicarse únicamente mediante causas naturales y humanas. Como resultado, los relatos bíblicos que describen milagros, intervenciones divinas o revelaciones directas suelen interpretarse como construcciones literarias o expresiones simbólicas de experiencias religiosas.

Desde una perspectiva teológica conservadora, este supuesto metodológico plantea serias dificultades. Si el investigador parte de la premisa de que la intervención divina en la historia es imposible, entonces cualquier relato que afirme tal intervención será necesariamente reinterpretado o descartado. En este sentido, el método no opera como una herramienta neutral de análisis, sino como un marco interpretativo que condiciona de manera decisiva las conclusiones a las que se puede llegar.

Este problema resulta particularmente relevante en el estudio de los libros históricos del Antiguo Testamento. En estos textos, la acción de Dios no aparece como un elemento marginal, sino como el principio fundamental que estructura la interpretación de la historia. Las victorias militares, las crisis políticas, el surgimiento y la caída de los reinos, e incluso los acontecimientos aparentemente ordinarios se interpretan constantemente como expresiones del juicio o de la misericordia divina.

Cuando estos relatos se analizan desde un marco metodológico que excluye la posibilidad de intervención divina, la narrativa bíblica se transforma inevitablemente. Los acontecimientos que los autores bíblicos interpretan como actos de Dios son reinterpretados como construcciones teológicas elaboradas por comunidades religiosas posteriores. De este modo, la historia

narrada en la Escritura deja de ser considerada un testimonio de la acción divina y pasa a ser entendida como una reflexión religiosa acerca del pasado.

Además de este problema metodológico, varios estudiosos han señalado que algunas reconstrucciones propuestas por la crítica histórica dependen en gran medida de hipótesis literarias que no siempre pueden demostrarse con certeza. En muchos casos, las teorías sobre la formación de los textos bíblicos se basan en inferencias acerca del estilo literario o de supuestas inconsistencias internas, las cuales pueden interpretarse de diferentes maneras.

Por esta razón, algunos investigadores han argumentado que el método histórico-crítico, aunque útil en ciertos aspectos, no debería considerarse el único marco válido para la interpretación de los textos bíblicos. La investigación histórica puede aportar información valiosa acerca del contexto cultural y social de los textos, pero no puede determinar por sí sola el significado teológico de la Escritura ni el carácter de la revelación divina.

Desde una perspectiva confesional, los libros históricos del Antiguo Testamento deben interpretarse teniendo en cuenta tanto su dimensión histórica como su dimensión teológica. La narrativa bíblica no pretende ofrecer una descripción exhaustiva de todos los acontecimientos del pasado, sino presentar aquellos eventos que revelan la relación entre Dios y su pueblo. Por lo tanto, la credibilidad de estos textos no depende únicamente de criterios historiográficos modernos, sino también de su coherencia dentro del marco más amplio de la revelación bíblica.

La discusión en torno al método histórico-crítico continúa siendo uno de los temas más importantes dentro de la investigación bíblica contemporánea. Para muchos estudiosos, el desafío consiste en encontrar un equilibrio entre el análisis histórico riguroso y el reconocimiento del carácter teológico de la Escritura. Este equilibrio resulta especialmente necesario cuando se examinan los libros históricos del Antiguo Testamento, donde la narración del pasado está inseparablemente vinculada a la proclamación de la fe del pueblo de Israel.

Evaluación crítica del método histórico-crítico y defensa de la credibilidad histórica de los libros históricos

El método histórico-crítico ha ejercido una influencia considerable en la investigación bíblica moderna y ha contribuido al desarrollo de herramientas analíticas que permiten examinar los textos bíblicos con mayor precisión filológica y literaria. El estudio del contexto histórico, de los géneros literarios y de las condiciones culturales en las que surgieron los textos puede ofrecer perspectivas valiosas para comprender mejor el mundo en el que se desarrolló la tradición bíblica. Sin embargo, el uso de estas herramientas no está exento de problemas, especialmente cuando se las aplica dentro de marcos filosóficos que condicionan de manera decisiva la interpretación de los textos.

Uno de los aspectos más discutidos del método histórico-crítico es su tendencia a operar a partir de presupuestos naturalistas. En muchos casos, la investigación parte de la premisa de que los acontecimientos históricos deben explicarse únicamente mediante causas naturales y humanas. Este enfoque metodológico conduce a excluir de antemano la posibilidad de intervención divina en la historia. Como resultado de eso, los relatos bíblicos que presentan acciones directas de Dios —como milagros, revelaciones o actos providenciales— son reinterpretados como expresiones simbólicas o construcciones teológicas elaboradas por comunidades religiosas posteriores.

Desde una perspectiva teológica conservadora, esta presuposición plantea una dificultad fundamental. Si el investigador adopta desde el inicio la convicción de que la intervención divina es imposible, entonces cualquier relato que afirme tal intervención será necesariamente reinterpretado o descartado. En este sentido, el método deja de ser una herramienta neutral de análisis y se convierte en un marco interpretativo que limita las conclusiones posibles antes de que el texto mismo sea examinado.

Este problema se vuelve particularmente evidente en el estudio de los libros históricos del Antiguo Testamento. En estos textos, la acción de Dios no es un elemento secundario, sino el principio fundamental que organiza la narrativa. Los autores bíblicos interpretan constantemente los acontecimientos históricos como manifestaciones del juicio o de la misericordia divina. La caída de ciudades, las victorias militares, las crisis políticas e incluso los procesos sociales se presentan como acontecimientos en los que la soberanía de Dios se hace visible en la historia.

Cuando estos relatos se analizan dentro de un marco metodológico que excluye la posibilidad de intervención divina, la narrativa bíblica se transforma inevitablemente. Los acontecimientos que los autores bíblicos interpretan como actos de Dios se reinterpretan como construcciones literarias destinadas a explicar retrospectivamente el pasado del pueblo. De esta manera, la historia narrada en la Escritura deja de ser considerada un testimonio de la acción divina y pasa a entenderse simplemente como la expresión de la fe de una comunidad religiosa.

Otro aspecto problemático del método histórico-crítico radica en la naturaleza hipotética de muchas de sus reconstrucciones. En numerosos casos, las teorías acerca del origen y la formación de los textos bíblicos dependen de inferencias literarias que no pueden verificarse de manera concluyente. Las propuestas acerca de múltiples redacciones, tradiciones literarias o procesos editoriales complejos suelen basarse en análisis estilísticos que admiten interpretaciones alternativas. Aunque estas hipótesis pueden ofrecer modelos explicativos interesantes, su carácter especulativo obliga a tratarlas con cautela.

Además, la evidencia histórica y arqueológica disponible no siempre confirma las conclusiones más radicales de la crítica. A lo largo del último siglo, numerosos descubrimientos arqueológicos en el antiguo Cercano Oriente han

contribuido a iluminar el contexto histórico de la Biblia. Hallazgos epigráficos⁶, inscripciones reales, archivos administrativos y restos de ciudades antiguas han permitido comprender mejor las estructuras políticas y culturales del mundo en el que surgieron los textos bíblicos. En varios casos, estos descubrimientos han mostrado que ciertas instituciones, prácticas sociales y nombres geográficos mencionados en la Biblia corresponden efectivamente a realidades históricas del antiguo Oriente Próximo.

Aunque la arqueología no puede confirmar cada detalle de la narrativa bíblica, sí ha demostrado repetidamente que el mundo descrito en la Escritura corresponde a contextos históricos reales. Esto sugiere que los relatos bíblicos no pueden ser descartados simplemente como construcciones literarias tardías desvinculadas de la historia. Desde una perspectiva teológica confesional, la credibilidad de los libros históricos del Antiguo Testamento se fundamenta también en la naturaleza misma de la revelación bíblica. La fe bíblica no se basa en ideas abstractas o principios filosóficos, sino en la convicción de que Dios ha actuado en la historia. Los actos redentores de Dios —desde el éxodo hasta la restauración posterior al exilio— constituyen el fundamento de la identidad religiosa de Israel.

En este sentido, la relación entre historia y fe resulta inseparable. Si los acontecimientos narrados en la Escritura fueran simplemente construcciones simbólicas o reflexiones teológicas posteriores, el fundamento histórico de la fe bíblica quedaría profundamente debilitado. Por esta razón, la tradición judía y cristiana ha afirmado históricamente la confiabilidad fundamental del testimonio bíblico. Esto no significa que los textos bíblicos deban interpretarse como crónicas históricas en el sentido moderno del término. Los autores bíblicos no pretendían ofrecer una descripción exhaustiva y detallada de todos los acontecimientos del pasado. Su propósito principal era interpretar los eventos históricos a la luz de la relación entre Dios y su pueblo. Sin embargo, esta interpretación teológica se basa en acontecimientos que los autores consideraban reales.

La evaluación crítica del método histórico-crítico no implica rechazar completamente el valor del análisis histórico o literario. Más bien invita a reconocer los límites de estos enfoques y a evitar que presupuestos filosóficos ajenos al texto determinen la interpretación de la Escritura. Una aproximación equilibrada debe considerar tanto la dimensión histórica como la dimensión teológica de los textos bíblicos.

Desde esta perspectiva, los libros históricos del Antiguo Testamento pueden ser entendidos como testimonios históricos interpretados dentro del marco de la revelación divina. Estos textos preservan la memoria de acontecimientos que marcaron profundamente la identidad del pueblo de

⁶ Los hallazgos epigráficos son inscripciones antiguas grabadas en materiales duraderos — como piedra o metal— que constituyen fuentes primarias para el estudio histórico y arqueológico de las civilizaciones antiguas.

Israel y que fueron comprendidos por la comunidad como manifestaciones de la fidelidad de Dios a su pacto.

Conclusiones.

El estudio de los libros históricos del Antiguo Testamento permite comprender con mayor profundidad la manera en que la tradición bíblica concibe la relación entre historia y revelación. A lo largo de los textos que abarcan desde Josué hasta Ester se desarrolla una narrativa continua que describe el surgimiento, consolidación, crisis y restauración del pueblo de Israel. Esta narrativa no pretende simplemente conservar la memoria de acontecimientos pasados, sino interpretar la historia del pueblo a la luz de su relación con Dios y de las promesas establecidas en el pacto.

Uno de los rasgos más distintivos de esta historiografía es su carácter teológico. Los autores bíblicos no se presentan como cronistas neutrales que registran hechos de manera desinteresada, sino como intérpretes de la historia dentro de una comunidad de fe. Los acontecimientos políticos, militares y sociales que aparecen en la narrativa son comprendidos como expresiones del juicio o de la misericordia divina. La historia de Israel se convierte así en un testimonio de la fidelidad de Dios y al mismo tiempo en una advertencia acerca de las consecuencias de la infidelidad del pueblo.

La estructura de los libros históricos refleja esta convicción fundamental. Desde la conquista de Canaán narrada en Josué hasta las crisis descritas en Reyes y la restauración presentada en Esdras y Nehemías, los acontecimientos se interpretan constantemente dentro del marco del pacto entre Dios e Israel. La prosperidad nacional aparece asociada a la fidelidad religiosa, mientras que las derrotas y las catástrofes históricas se presentan como resultado lógico del abandono de la voluntad divina. Esta interpretación teológica no elimina la dimensión histórica de los relatos, sino que les otorga un significado más amplio dentro de la comprensión religiosa del pueblo.

La cuestión de la autoría y la formación literaria de estos textos también revela la complejidad del proceso mediante el cual se preservó la memoria histórica de Israel. Las tradiciones antiguas que atribuyen estos libros a figuras cercanas a los acontecimientos narrados reflejan la convicción de que la historia fue transmitida dentro de contextos relativamente próximos a los hechos descritos. Al mismo tiempo, la presencia de referencias a fuentes documentales y a registros históricos sugiere que los autores utilizaron materiales diversos para elaborar sus narraciones. Este proceso de transmisión no debe entenderse como una simple compilación de documentos, sino como un esfuerzo consciente por preservar la memoria de las obras de Dios en la historia.

En el contexto de la investigación moderna, el desarrollo del método histórico-crítico ha planteado importantes desafíos para la interpretación de estos textos. Las herramientas analíticas desarrolladas por este enfoque han

contribuido en algunos aspectos a una comprensión más detallada del contexto histórico y literario de la Biblia. Sin embargo, cuando estas herramientas se aplican dentro de marcos filosóficos que excluyen la posibilidad de intervención divina en la historia, la interpretación resultante puede distorsionar el significado original de los textos.

El problema fundamental radica en que muchos enfoques críticos parten de presupuestos metodológicos que condicionan las conclusiones antes de que el texto sea examinado. Si se asume de antemano que la acción divina en la historia es imposible, entonces los relatos bíblicos que describen dicha acción deberán reinterpretarse necesariamente como construcciones simbólicas o reflexiones teológicas posteriores. En este caso, la investigación ya no se limita a analizar los textos, sino que redefine previamente el marco dentro del cual pueden ser comprendidos.

Frente a esta situación, resulta necesario reconocer tanto el valor como los límites del análisis histórico-crítico. El estudio histórico y literario puede ofrecer herramientas útiles para comprender mejor el contexto cultural en el que surgieron los textos bíblicos. Sin embargo, este tipo de análisis no puede sustituir la dimensión teológica de la Escritura ni determinar por sí mismo la naturaleza de la revelación divina. La Biblia no se presenta únicamente como un conjunto de documentos antiguos, sino como el testimonio de la relación entre Dios y su pueblo a lo largo de la historia.

Desde una perspectiva teológica confesional, los libros históricos del Antiguo Testamento deben entenderse como narraciones que preservan la memoria de acontecimientos históricos interpretados a la luz de la revelación divina. La fe bíblica se fundamenta precisamente en la convicción de que Dios ha actuado en la historia de manera concreta y que esos actos han sido recordados y transmitidos dentro de la comunidad del pueblo de Dios. La narrativa histórica no es, por tanto, una simple reflexión religiosa acerca del pasado, sino el testimonio de una historia en la cual la acción divina y la experiencia humana se entrelazan de manera inseparable.

En última instancia, los libros históricos del Antiguo Testamento ofrecen una visión de la historia que trasciende los límites de la interpretación puramente secular. A través de sus narraciones se presenta una comprensión de la historia como el escenario en el cual Dios actúa para cumplir sus propósitos redentores. La historia de Israel se convierte así en una historia de promesa, juicio, restauración y esperanza, que apunta hacia el cumplimiento final del propósito divino en la historia humana.

A la luz de todo lo anterior, los libros históricos del Antiguo Testamento se levantan no como fragmentos inciertos de memoria antigua, sino como columnas narrativas que sostienen la comprensión bíblica de la historia. En ellos, la historia humana no aparece abandonada al azar ni entregada únicamente al juego de las fuerzas políticas, sino situada bajo la soberanía del Dios que gobierna el tiempo y las naciones. Las páginas que narran conquistas, caídas, exilios y restauraciones no son simples relatos del pasado; son

testimonio de una historia atravesada por la fidelidad divina. Por ello, cuando la crítica moderna pretende reducir estos textos a meras construcciones literarias o a reflexiones religiosas tardías, pasa por alto la fuerza interna de una tradición que ha sostenido durante siglos la fe de comunidades enteras. La historiografía bíblica proclama, con una voz que atraviesa generaciones, que la historia no es un vacío sin sentido: es el escenario donde Dios cumple sus promesas, juzga la injusticia, preserva a su pueblo y dirige el curso del tiempo hacia la realización de su propósito redentor. En ese horizonte, **los relatos de Israel no son solo memoria antigua; son un recordatorio permanente de que, incluso en medio de las ruinas de los imperios y de las crisis de la humanidad, la palabra de Dios permanece firme y su fidelidad no conoce ocaso.**

Bibliografía

- Arnold, B. T., & Beyer, B. E. (2001). Encuentro con el Antiguo Testamento: Un panorama histórico y teológico. Grand Rapids: Editorial Portavoz.
- Baker, D. W., Arnold, B. T., & Williamson, H. G. M. (2006). Diccionario de libros históricos del Antiguo Testamento. Barcelona: Editorial Clie.
- Carson, D. A., & Moo, D. J. (2008). Introducción al Nuevo Testamento. Barcelona: Editorial Clie.
- Childs, B. S. (2011). Introducción al Antiguo Testamento como Escritura. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Harrison, R. K. (2006). Introducción al Antiguo Testamento. Grand Rapids: Editorial Portavoz.
- Hill, A. E., & Walton, J. H. (2009). Panorama del Antiguo Testamento. Grand Rapids: Editorial Zondervan / Portavoz.
- Kaiser, W. C. (2011). Historia del Antiguo Testamento: Desde la creación hasta el exilio. Grand Rapids: Editorial Portavoz.
- Kitchen, K. A. (2010). La confiabilidad del Antiguo Testamento. Barcelona: Editorial Clie.
- Longman III, T., & Dillard, R. B. (2007). Introducción al Antiguo Testamento. Grand Rapids: Editorial Portavoz.
- Merrill, E. H. (2008). Historia de Israel: Desde los orígenes hasta el período del Nuevo Testamento. Grand Rapids: Editorial Portavoz.

- Schultz, S. J. (2006). El Antiguo Testamento habla. Grand Rapids: Editorial Portavoz.
- Walton, J. H. (2013). El Antiguo Testamento en su contexto cultural. Grand Rapids: Editorial Zondervan.
- Wenham, G., Motyer, J. A., Carson, D. A., & France, R. T. (eds.). (2003). Nuevo comentario bíblico siglo XXI. Barcelona: Editorial Clie.
- Young, E. J. (2008). Una introducción al Antiguo Testamento. Grand Rapids: Editorial Portavoz.